

Como el mendigo que del sol los rayos
Busca en los días del adusto invierno
Para que tibio de la sangre el curso
Torne á su cuerpo,

Tal quien presente de ilusiones muertas
Dentro del alma difundirse el hielo,
Alivio alcanza de tu lumbre amiga
Con el aspecto. —

¡ Ay ! si cruzando procelosos mares
Distante, oh luna, de mi patria muero,
¡ Oh ! no á mi tumba solitaria niegues
Tus rayos bellos.

Y pues te estoy contemplando
Surcar ese mar del cielo ;
Tú eres, oh astro, mi consuelo
Mientras me voy alejando
Del americano suelo.

En el Atlántico, Abril, 1839.

ÚLTIMO ADIÓS Á BUENOS AIRES

SONETO

Dejando en pos su manto de escarlata
El astro-rey desde el cenit descende,
Y hacia la parte de los rayos tiende
Triste la vista su mirar dilata.

En tanto mi alma su dolor desata
En mustiós ayes, si las ondas hiende
Rauda la nave que ya el sur desprende
De los confines del undoso Plata.

¡ Adiós !... de nuevo, Buenos Aires bella :
¡ Adiós !... tierra de mi amor ; — nodriza
Del tierno infante que á tus playas vino :
Gimiendo aparto de tu hogar mi huella,
Mientras sus flancos sobre el mar desliza
La barca, al viento con que se hincha el lino.

Á bordo del Joseph, Abril 1839.

PENSAMIENTO EN EL MAR

I

Rueda el carro de la noche ;
Mas las nitidas estrellas
Que son polvo de sus huellas
Dan luz al inmenso mar ;
Sobre cuya faz, vestigios
Ver sueña la menta mía
Del navegante que un día
Fué la América á buscar.

Esa América, mi patria
Que con lágrimas hoy dejo, —
De cuyo verjel me alejo
Con la angustia del morir. —
Oh tierra del sol, tus hijos
Siempre amaremos tu nombre,
Aunque herencia no es del Hombre
Que te vino á descubrir.

Rueda la noche, — arrobado
Se encumbra mi pensamiento
Para ver del firmamento
La esplendente inmensidad ;
Desciende luego y contempla
De este elemento terrible
Sobre la esfera movable
Copos de lumbre brillar.

Rueda la noche, — y en tanto
Aquí sentado en la popa
Pienso divisar de Europa
La tierra continental :
Vano pensar, cuando miro
Dormir silencioso al viento,
Y el soplo en mi frente siento
Del calor ecuatorial.

Sólo descubro á distancia
Sobre las ondas inquieto
Tan colosal esqueleto
Que á los astros va á tocar :
Es un bajel que sus velas
Por la calma ha replegado,
Y allí duerme columpiado
Por la ondulación del mar.

¡ Ay ! y cuántas existencias
De la tierra así alejadas,
Por un leño van guardadas
Contra el rigido furor

De indomables elementos,
Que si ahora contemplo mudos
Despertarán más sañudos
En el venidero albor.

Si hay una oculta balanza
Que guarde á un lado la vida
Á otro la parca temida,
Siempre en vaivén desigual,
Se inclina más sobre tierra
El que á la vida contiene,
Y más peso en el mar tiene
El de la muerte fatal :

Que en él, los vientos, el rayo,
Las borrascas destructoras,
Amagando á nuestras horas
Alzan su horrendo clamor :
Y si hay algún don que iguale
Moralmente esa balanza
Sobre el mar, es la esperanza
Que impone tregua al temor.

Á merced abandonando
De los vientos su destino
Este insondable camino
Llega el hombre á transitar,
Y da gracias al Eterno
Que así le guarda una vida,
Chispa flotante y perdida
Entre los cielos y el mar.

Y entre este mar, que del caos
Es la imagen palpitante,
Cuando era el orbe un errante
Globo en brumosa región,
Y aquel cielo, tachonado
De mil cuerpos luminosos,
Sentimientos religiosos
Subyugan al corazón.

Aqui el mortal, resignado
Se despoja de su orgullo
Escuchando ese murmullo
Que lo llena de pavor,
Y su ferviente plegaria
Entre el zumbido del viento
Instintiva hasta el asiento
Se levanta del Señor.

Mas después que el alma ansiosa
Á lo infinito se encumbra,
Do el encanto la deslumbra
De la inmensa creación, —
Humilde á admirar descende
El genio que Dios al hombre ;
Y el labio entonces el nombre
Pronuncia del gran Colón.

Nombre, que el viento parece
Dilatar por este espacio,
Que el mar solo es el palacio
Suficiente á su esplendor :

Nombre, que el nauta pronuncia
Cual un himno de esperanza
Cuando sigue á la bonanza
De las ondas el furor.

II

También doy á tu nombre una armonía,
Oh gran Colón, en medio de los mares,
Cuya ardua y eternal soberanía
Te debe el Universo ; — y los altares
De tu gloria que al tiempo desafia
Son de ese mundo virgen los lugares,
Donde estatuas jamás te alzó la mano
De un hijo tuyo (1) ni del viejo hispano.

Queriendo un día el Hacedor del mundo
Revelar al antiguo continente
Un hemisferio ignoto, su fecundo
Rayo de luz tendió sobre tu mente.
Así inspirado, con ardor profundo
Corriste á mendigar de gente en gente
De algún monarca protección mezquina
Cuando contabas con la luz divina.

(1) Téngase presente la fecha en que esto se escribió.

Los unos vegetando en la desidia
Incrédulos tu aviso desdeñaron ;
Te oyeron otros, y con torpe envidia
Antes que tú á los mares se lanzaron ;
Mas el conato de tan negra insidia
Luego las ondas con furor burlaron...
Otros te dieron con el vulgo todo
De impostor ó demente el vil apodo.

Tus sueños comprender le fué al fin dado
Á la matrona augusta, cuya gloria
Es fanal que en la noche del pasado
Brillará eternamente ; — su memoria
Siendo á par de la tuya fiel dechado
De fama terrenal no transitoria,
Á la egregia Isabel que unió su nombre
Al gran portento que auguraba un hombre.

De ver cumplidas tus empresas claras
Cuando la España saludó ya el día,
Con humilde fervor ante las aras
Imploraste merced ; — y de *María*
Dando el nombre á la nave en que zarparas,
Te viste en alta mar, sin otra guía
Que tu numen feliz, tu ardiente anhelo
Y la adorable bendición del cielo.

Así tu grande historia recordando
Sobre esta senda misma que el primero
Tú transitaste, y que ahora voy surcando,
Más que contra las ondas, considero,

Que te afanaste con vigor luchando
Contra el bajo temor ó el altanero
Vociferar de aquellos que perdida
Creyeron en los piélagos su vida.

Y cuando contra ti ya furibunda
Se amotinó la turba amenazante,
Con noble llanto que tu rostro inunda,
Ante ella, te contemplo, suplicante
Y con acento de verdad profunda
Aconsejar la paz por breve instante ;
Y mi vida os entrego, les decias,
Si la tierra no vemos en tres días.

Mas para hallar el suelo prometido
Dos días, oh Colón, sólo bastaron ;
En ademán, entonces, compungido
Á tus pies los cobardes se postraron,
Admirando del cielo al escogido
En aquél á quien antes ultrajaron,
Mientras tú, rebosando en gozo tierno,
Levantabas tus votos al Eterno.

Así, vertiendo en tu alma ardor fecundo,
La llave te entregara el ser Divino
Para abrir una puerta al Nuevo Mundo ;
Y al soplo de tu genio el leve lino
Llevado por la faz del mar profundo,
Te condujo, sublime peregrino,
El velo á descorrer del hemisferio
Que tal vez hoy sin ti fuera un misterio.

Con tan inesperada maravilla
; Cuánto lustre no diste á la corona
De los altos monarcas de Castilla !
La intrépida Isabel, sabia matrona
Te da asiento, oh Colón, junto á su silla ;
En tanto que la fama te pregona —
El hombre que es en glorias sin segundo,
El gran descubridor de un nuevo mundo.

III

Mas ; ay ! breve tu fortuna
Fué, oh Colón ; — solo un momento
Duró el noble acatamiento
De la humana admiración ;
Que tus galas una á una,
Muerta ya tu Soberana,
Te arrancó la mano insana
De Fernando de Aragón.

Los sarcasmos de la envidia
Dieron pábulo á tus penas.
Y hasta infamantes cadenas
Tu noble cuerpo llevó ;
Sin que de tanta perfidia
Pusiera punto al delirio
Tu virtud, que en el martirio
Aun más grande se ostentó.

Oh tú, que gozar debías
Constante y dulce ventura, —
Te abrigó la sepultura
Contra la horrenda maldad : —
Así acabaron tus días !
Y la americana tierra
Tus restos al fin encierra
Como fué tu voluntad.

El lugar de tu descanso
De pocos es conocido,
Ni el poeta allí ha vertido
Una lágrima inmortal.
Solo con ruido manso
En noches calladas, solas,
Batiendo hasta allí las olas
Cantan tu himno funeral.

Y mientras el sol fecundo
De tu gloria alumbra el templo, (1)
Serás para el orbe ejemplo
De humana vicisitud :
Que á todo genio da el mundo,
Cual galardón no precario,
La corona en un Calvario...
Y en la tumba — la quietud...

Agosto de 1839. -- Á bordo del Jean-Maurice.

(1) La América.

SERENÁTA

Mientras la noche serena
Nos envuelve en sus crespones,
Debajo de tus balcones
Sólo mi guitarra suena :

Y tú duermes, fementida,
Sin que hieran tus oídos
Las endechas y gemidos
De un alma de amor henchida.

*Despierta, bella tirana,
Y abre luego tu ventana.*

Al amor están brindando
El silencio y las estrellas,
De las hojas las querellas,
Y del viento el soplo blando :

Y este ensueño de la vida,
De dichas y goces lleno,